



## La muerte de ETA

Se puede decir que hay una muerte rápida que consiste en cruzar una raya y una muerte lenta que ocurre en el proceso de cruzar una franja. Una franja que puede ser muy ancha.

Morir cruzando una raya implica que alguien está aparentemente bien, en pleno disfrute de sus facultades, jugando al fútbol, comiendo percebes, y de repente la muerte se lo lleva de forma inesperada, sea por un infarto o por un accidente de tráfico. O por un atentado terrorista.

Cuando la muerte consiste en cruzar una raya, la muerte se lo lleva todo de golpe. Un momento antes uno tenía todas sus fichas en el lado de la vida y al instante siguiente la muerte, de repente, se lleva todas las fichas a la otra orilla.

Por el contrario, se puede morir atravesando una franja, cuando por ejemplo alguien va perdiendo facultades por la edad o la enfermedad. Cuando incluso pesa sobre su cabeza un determinado diagnóstico que uno conoce y que hasta incluye un plazo más o menos concretable. En algunos casos la persona va perdiendo la salud a lo largo de ese proceso en tal medida que, cuando llega la muerte, aunque siempre se lleva el elemento esencial, parece que se ha llevado menos, porque se ha ido llevando cosas desde mucho antes del último momento. Es como si el moribundo ya hubiera ido enviando el equipaje al otro lado por plazos, dejando sólo para el final la bolsa de mano.

En el caso de ETA su muerte ha sido del segundo tipo. ETA lleva muriendo hace mucho tiempo y atravesando esa franja a lo largo de la cual iba perdiendo facultades y recursos. Cuando ya no le quedaba ninguna ficha a este lado.

ETA se ha ido quedando sin fichas porque entre todos se las hemos ido quitando. Algunos nos quieren vender la moto, a estas alturas, de que ETA se ha ido poco menos que cuando ha querido y cuando tenía todavía un montón de fichas sobre la mesa. Lo cierto es que ETA ha desaparecido tras un largo pulso que la organización terrorista ha perdido. No hay una

muerte natural para las organizaciones terroristas. O tú acabas con ellas o ellas acaban contigo y con tu libertad. Cada vez que se detenía a un comando iba perdiendo fichas. Cada vez que otro país colaboraba con la justicia española ETA perdía fichas. Y cuando se ilegalizó el brazo político de la banda, obligándola a tener que elegir entre votos o pistolas, a ETA se le dejó desahuciada, con la calderilla y sin acceso a la banca.

El fin de ETA es como el de los últimos nazis en su búnker totalmente derrotados y rodeados. La diferencia entre que se rindieran o no era poco relevante a esas alturas. Que alguien dijera que gracias a la rendición de Hitler se había acabado la guerra y que era el momento de ser generosos hubiera resultado ridículo. De algún modo, sin embargo, parece que hay quienes nos intentan vender que el anuncio de ETA de disolverse, a estas alturas, es un acontecimiento cósmico.

Cabe señalar que ETA ha decidido certificar su propia defunción pero, como el GRAPO, esto no tenía por qué haber sucedido de este modo. No hace falta certificar la propia muerte para estar muerto. Tampoco esto por tanto es un particular mérito. De hecho da la impresión de que ETA ha certificado su muerte para intentar conseguir algún beneficio, aunque sea una torpe nota de los obispos vascos más el navarro.

En el capítulo de aspectos ridículos encontramos en un lugar destacado la extraña escala inversa que algunos intentan imponer en la esquila, en virtud de la cual los más contentos por el fin de ETA son los partidarios de la ETA, los que no han condenado nunca los atentados que ETA cometía, los que no han perdido a nadie a manos de la ETA, los que nunca han tenido que mirar debajo de su coche antes de montarse, los que rechazaban las detenciones de etarras o los que se oponían a obligar a la ETA a elegir entre votos o pistolas.

En la cara opuesta de esta ridícula escala los más tristes por el fin de ETA serían los que se han dedicado a detener comandos, los que se han jugado la vida por llevarles la contraria en las instituciones a los etarras de moqueta y las propias víctimas de ETA.

Hay una explicación lógica a la inversión de las lágrimas y las sonrisas. Quienes más contentos fingen estar tienen que impostar la sonrisa porque son los que menos han aportado a la liquidación de la banda terrorista. Y quienes más alto precio han pagado luchando por la libertad contienen la alegría porque no han pagado tan alto precio para que, tras ser derrotada, ETA consiga al final quitarnos la libertad o imponernos su relato.

Que ETA haya muerto no significa que no haya un movimiento político que sigue luchando por conseguir los objetivos que tenía como fin la banda terrorista: una Euskadi socialista, independiente y con Navarra anexionada.

Sería una malísima idea haber resistido este movimiento cuando hacerlo implicaba una posible pena de muerte y dejar de combatirlo política, intelectual, cultural, social y mediáticamente ahora que no hace falta jugarse la vida para hacerlo. Que no se escriba en el futuro que resistimos sólo mientras nos disparaban, o que dejaron de dispararnos y nos confiamos.

Que ETA se disuelva no absuelve a todos los etarras que tienen juicios o condenas pendientes por los delitos cometidos. Los asesinos de ETA son exactamente igual de criminales esta semana que la semana pasada y ETA no ha caído gracias a ellos sino a su pesar.

Obviamente el minuto después a la disolución no tendrán menos derechos o menos posibilidades, ni más, de acogerse a beneficios penitenciarios que el minuto antes, si ahora les dejan.

En todo caso, con el anuncio de la disolución de la banda, los etarras tendrán ocasión de reflexionar no sólo sobre su maldad, sino también sobre la inutilidad de su maldad.

Atentamente,

Paz y alegría.